

Experiencias de la arqueología del rescate en El Salvador

Fabrizio Valdivieso

Resumen

A consecuencia de los daños ocasionados por los terremotos del 2001 a diversos inmuebles en el área central de Santa Tecla, se realizaron una serie de trabajos que dieron como resultado importantes hallazgos en la Iglesia Inmaculada Concepción, en el Colegio parroquial homónimo y en residencias en el Centro Histórico de Santa Tecla. También se da cuenta en el presente artículo de los hallazgos encontrados en la Iglesia El Rosario, del centro de San Salvador y en un sitio arqueológico prehispánico: Tazumal.

Todos estos hallazgos responden a la época republicana de El Salvador y refieren importante información sobre el comercio y la industria de aquella época, y en el caso de las iglesias, acerca del patrón funerario de los primeros años de la república, entre otros.

1. El hallazgo de un obispo en Inmaculada Concepción

Después de que el terremoto de 1854 desolara la ciudad capital, la iglesia parroquial Inmaculada Concepción, en Santa Tecla, se pensó como una nueva catedral. Este nuevo templo fue fundado aquel mismo año por el segundo Obispo de San Salvador Tomás Pineda y Saldaña, quien en 1875 fuese enterrado frente al Altar Mayor.

Los restos del Obispo fueron encontrados a consecuencia de los daños ocasionados al inmueble por los terremotos del 2001. Este inusual hallazgo requirió de intervención arqueológica, lo que permitió registrar la modalidad de enterramiento fúnebre de uno de los personajes más célebres de la época republicana. Los restos aún vestían sus ornamentos, y yacían en un lujoso féretro de vidrio y madera, en el interior de una bóveda.

Este importante registro documental representa una sección del informe final elaborado a consecuencia de los rescates arqueológicos realizados por el autor en la ciudad de Santa Tecla, una de las zonas más afectadas por los siniestros naturales acaecidos en 2001.

1.1 Antecedentes inmediatos y generalidades

El sábado 13 de enero del 2001, a las 11:35 de la mañana, un fuerte terremoto de 7.6 grados Richter, con 45 segundos de duración hace sentir su fuerza en todo el territorio salvadoreño y países vecinos, afectando gravemente 172 municipios de la nación. Un mes después, el 13 de febrero, la desgracia se agudiza con un segundo terremoto de 6.6 grados Richter. Con 20 segundos de duración, este segundo sismo ocasionó más daños a las ya deterioradas estructuras.

Tal destrucción fue más evidente en casas y edificios públicos de construcciones de adobe y bajareque, así como en las montañas, donde cuantiosos derrumbes sepultaron personas y viviendas. En Santa Tecla se tiene el infausto episodio vivido en la colonia Las Colinas, en donde un alud de tierra proveniente de las montañas al sur que conforman parte de la Cordillera del Bálsamo, cayó sobre gran cantidad de hogares y soterró a casi medio millar de personas.

El patrimonio cultural recibió también su parte en pérdidas, puesto que muchos templos católicos con más de cien años de antigüedad colapsaron, mientras que en otros casos sufrieron tal daño

que sus encargados se vieron obligados a derribarlos, pretendiendo evitar con ello consecuencias más lamentables y dar inicio con las tareas de reconstrucción. Santa Tecla es una de las ciudades mayormente afectadas por el sismo. Muchas edificaciones del centro histórico datan del siglo XIX y principios del XX.

En San Tecla, el templo Concepción fue evaluado por ingenieros estructurales, quienes el 17 de enero lo clasificaron con bandera roja. Por ello, el Padre Rogelio Esquivel, cura párroco de este, opta por derribarlo y comenzar un proyecto de reedificación.

Para el día 22 de febrero, el antiguo templo Inmaculada Concepción se encontraba completamente demolido, a excepción de la torre del campanario construida en la década de los setenta del siglo XX. Sin embargo, mientras se realizaban los trabajos de remoción de escombros el tractor arrancó accidentalmente un pedazo de la parte superior de una bóveda de ladrillo, localizada en el sector que ubicaba frente al altar mayor los restos del Ilmo. Obispo Dr. Tomás Miguel Pineda y Saldaña. Los restos estaban conformados por fragmentos óseos entremezclados con tela en regular estado de conservación, y la combinación de fragmentos de madera y vidrio. Este material se encontra-

ba depositado en el interior de un ataúd no muy visible debido a las limitaciones de la perforación accidental. Los responsables avisaron de inmediato al Instituto de Medicina Legal, quienes remitieron el caso al entonces Consejo Nacional para la Cultura y el Arte (Concultura), hoy Secretaría de Cultura de la Presidencia.

El día 27 de febrero se presentaron al sitio dos arqueólogos de la Unidad de Arqueología de Concultura, quienes constataron que efectivamente se correspondía a un entierro. Se trataba de un cuerpo en el interior de un féretro, y este mismo en el interior de una bóveda de ladrillo.

Inmediatamente se realizó un rescate arqueológico con limitantes de tiempo y recursos extremadamente reducidos. Se extendió la excavación y la limpieza del rasgo con la colaboración de un obrero destacado en la zona, y con ello se obtuvo un mejor detalle del rasgo en su contexto y se identificaron los límites del entierro. Se tomaron alturas y medidas y se obtuvieron fotografías, al mismo tiempo en que se obtenían dibujos, que no pasaron de ser sucintos debido a la presión de los encargados por liberar cuanto antes la zona de trabajo.

Se dedicaron únicamente seis escasas horas de ese mismo día para rescatar cuanto antes aquellos

restos arqueológicos. Por tratarse de una iglesia se creía en la posibilidad de encontrar más entierros, lo que conllevó a denominar el rasgo como Entierro 1.

En este rescate, las herramientas utilizadas fueron una cámara Fuji Work Record y otra Canon EOS Kiss, cordel, nivel de pita, brújula, cintas métricas de cinco y 50 metros, cuchara para excavar, escobillas, plumones marcadores, bolsas plásticas transparentes, cajas de cartón para clasificación y almacenaje, libreta de campo, clavos y cordel. También se consideró necesaria la ayuda del tractor para la realización de calas de prueba de manera inmediata. De este modo se tomaron los datos para luego extraer los restos y colocar los restos ya clasificados en las cajas. Se almacenó vidrio, metal, madera, tela, yeso, osamentas, y otros. Finalmente se elaboró un reporte técnico, y los restos fueron entregados a la parroquia.

1.2 Entierro 1: la tumba de un Obispo

El entierro está conservado en un 70 %, su estado es de regular a pésimo, debido a que la humedad que prevalece en los suelos del llano de Santa Tecla contribuye a que el ma-

terial orgánico depositado en este se desintegre en menor tiempo que en otros sitios. En este sentido, se tienen suelos cuyo material orgánico es altamente vulnerable a su contacto. La bóveda en que descansaba el féretro contribuyó a aislar buena parte de la humedad, permitiendo que el ataúd y su contenido relativamente se conserven.

El entierro se compone de tres partes:

- a. Bóveda: recámara en la cual se deposita el ataúd.
- b. Féretro: caja donde se deposita el cuerpo u osamentas.
- c. Osamentas: los componen los huesos cubiertos por los ornamentos.

Los restos de ornamentos y los vestigios humanos eran casi indecifrables debido al mal estado de conservación. La tela que envolvía el cuerpo presentaba un estado de conservación de regular a pésimo, tanto que en ciertos casos se desintegraba al pretender extraerla. También los huesos se presentaban en malas condiciones; se percibían algunos huesos largos (como costillas y fragmentos de extremidades) y huesos irregulares en menor densidad. Las osamentas se extrajeron en bulto junto a los ornamentos. Se utilizó para ello una lámina que, co-

locada bajo el cuerpo, se introdujo lentamente a manera de pala. Posteriormente se colocaron en dos cajas.

Mientras tanto, el féretro presentaba un 75 % de conservación. Este estado de conservación favorable se debía en parte a la naturaleza de los materiales, cuyos componentes permiten explicar la originalidad de su forma. Se trataba de una lujosa urna fúnebre de vidrio y madera, con detalles decorativos exteriores elaborados en yeso y forros de tela sobre la madera, como parte de la decoración. El cierre del féretro era un candado muy propio de la época. Los vidrios se encontraron fragmentados, en su mayoría sobre las osamentas. La madera por su parte se percibía semidescompuesta debido a la humedad del suelo, pero aún en buen estado.

En cuanto a la bóveda, esta se encontraba en un 90 % bien conservada, a excepción del golpe accidental proporcionado por el tractor que la encontró. Dicho golpe le extrajo un gran pedazo de su parte superior, lo que le permitió el contacto con la superficie o exterior.

Al observar los atributos de la tumba y su contexto, a primera vista, es posible confirmar que efectivamente se trata de un personaje importante. Ahora bien, se tiene una placa fúnebre que reza en

latín el nombre del Obispo Tomás M. Pineda y Saldaña, y está localizada esta en la otrora primera columna del lado norte en el interior del templo, casi frente del ya retirado altar mayor. Del mismo modo, se tienen datos provenientes de fuentes documentales que indican que el obispo fundador del templo, Tomás Pineda y Saldaña, manifiesta su deseo de dormir el sueño eterno a los pies de la Virgen Purísima. Además, se ha confirmado que esta persona fue enterrada en un cajón de cristal, madera y zinc. Este dato fue comprobado, ya que fue la única tumba existente frente al altar mayor, y posee las mismas características proporcionadas por las fuentes documentales. En otras palabras, Tomás Pineda y Saldaña fue sepultado frente al altar mayor de «su templo»; también fue el único sacerdote cuyo sepelio es registrado en este templo. De este modo, queda claro que el entierro encontrado refiere al segundo Obispo de El Salvador Dr. Tomás Miguel Pineda y Saldaña, quien falleció la noche del 6 de agosto de 1875, y fue sepultado el día 8 del propio mes. Por las características del hallazgo, el obispo Saldaña tuvo honras el día de su sepelio, siendo en este sentido muy admirado y querido por la sociedad del siglo XIX.

Datos técnicos

Condiciones: El entierro se localiza a 196° AZ y a 29.80 metros de la arista de la pared oeste de la capilla de la parroquia. Su orientación es la misma que tenía el desaparecido templo en forma de cruz latina. Se trata de un entierro cuyas osamentas se presentan en depósito indirecto, de carácter primario, en posición decúbito dorsal extendido, en estado de conservación que tiende de lo regular a pésimo, hasta el grado de pulverulencia húmeda, envueltas en su hábito que envuelve al individuo. Se localizaron en el interior de un féretro asentado en el interior de una bóveda.

Bóveda: Sus materiales constructivos comprenden argamasa de cal y ladrillo rojo. La base o suelo interior se compone de baldosas rojas de 20 por 20 cm a cada lado, con 3 cm de grosor. Las paredes interiores fueron construidas de modo que se cierran en forma de arco o bóveda. Todo el espacio mide 2.40 m de largo con 80 cm de ancho, con profundidad de 80 a 100 cm aproximadamente.

Féretro: El arranque del féretro se tiene a 80 cm de profundidad. Se compone de vidrios transparentes planos, madera, forro de tela y yeso decorativo que circunda su exterior. Ninguno de los vidrios se recuperó completamente, algunos estaban sobre las osamentas. Estos vidrios conformaron la parte superior del féretro. Algunos fragmentos largos de los vidrios laterales aún permanecían *in situ* con relación a su posición original, es decir, la misma posición que tenía al momento en que el obispo fue sepultado. Algunos vidrios tenían de ancho 21.5 cm y un largo variable que lógicamente no excede las dimensiones del ataúd.

Sobre el cuerpo se encontró un madero largo de 20 cm de ancho y 200 cm de largo, el cual fue parte de la sección superior del mueble, lo que da lugar a creer que este formó aparentemente el punto de intersección de las hojas de vidrio laterales para que esta luciera como paredes de vidrio recto convergentes, conformando así la tapa del ataúd.

La tela que forra los exteriores de madera se encuentra en pésimo estado de conservación, en el cual difícilmente se perciben algunos dibujos de flores, con un desgastado color rojo. No fue posible identificar este tipo de tela.

Como se menciona en líneas anteriores, en la madera se percibe una decoración de yeso al contorno exterior, color dorado, con ligeros relieves en pésimo estado de conservación. Se encuentra también, en el lado norte del mueble, un candado con cerradura al centro que enganchaba al mismo tiempo dos argollas de roscas que se atornillaban al madero, para cerrar el ataúd.

El resto de la madera que conformaba la base del féretro se encontraba en regular estado de conservación. Se dejaba ver la manera en que esta sujetaba los vidrios que conforman las paredes laterales y sirven como mostrador. El fragmento más grande de la pieza mide 43 cm de ancho por 1.86 de largo. Las piezas laterales de la parte inferior del féretro son planas y divergentes.

Entre la madera se encuentran artefactos metálicos como clavos forjados que por lo general miden 7 cm de largo. Se recuperaron 20 muestras en regular estado de conservación.

Otro detalle adjunto al féretro: Cabe agregar que en el exterior del féretro y al interior de la bóveda, en la esquina suroeste, se encontró una botella de vidrio adherida a una base de argamasa, la cual presun-

tamente pudo contener vino. Esta botella mide 21.5 cm de largo con 6.5 cm de diámetro máximo y 2 cm diámetro mínimo.

Cuerpo y ornamentos. Tal como se menciona en otras líneas, el cuerpo se encuentra *in situ* en el interior del féretro, dentro de sus ornamentos, con orientación este-oeste. Sobre los ornamentos yacen fragmentos de vidrio largos y algunos pequeños en escombros, como parte del féretro colapsado; cubren y presionan los restos óseos. La presión del vidrio sobre los ornamentos propició una conservación favorable en los colores y formas de los tejidos, ya que el mismo cristal le protegió de otros contactos dentro del lecho. En otros casos estos textiles se encontraron en mal estado de conservación, a tal grado que al pretender extraerlos se rompen, quedando en los dedos del arqueólogo. Por esta razón se hace sumamente necesario tener a la mano algún consolidante adecuado al caso, y tecnología apropiada, cosa que no fue posible por la escasez de tiempo para conseguirlos.

Es común, aun en nuestros días, enterrar sacerdotes con sus ornamentos. Por lo general, los sacerdotes son vestidos con un alba o sotana, luego la estola y sobre esta, la casulla. Algunos obispos se los entierra con mitra, pero en este

caso Tomás Pineda y Saldaña no fue enterrado con mitra. Se cree que probablemente fue sepultado con solideo, aunque no fue reconocido debido al alto grado de descomposición del material.

Los restos de los ornamentos muestran lentejuelas metálicas, hilo metálico, malla decorativa y un traje elaborado con un material similar al terciopelo, detalles que se conservaron por encontrarse debajo del vidrio que ligeramente los protegía. La tela muestra dibujos de flores tejidas. El fondo de la misma se percibe de color rojo y café. Aparecen también restos del calzado, específicamente el tacón y parte de la suela.

En cuanto a los huesos, la mayoría están, como se mencionó, entre la tela de la indumentaria, de regular a pésimo estado de conservación debido a la humedad del suelo de la zona. Gran parte de los huesos se caracterizan por ser largos, y otros irregulares.

Destino de los restos del Obispo

En marzo de 2001, los responsables informan que los restos fueron incinerados y colocados en una pequeña caja especial para trasladarlos a Catedral Metropolitana, y luego serán trasladados a la nueva Iglesia Concepción para ser enterrados nuevamente. Todo ello se da

bajo la autorización del Arzobispado de San Salvador, a cargo de Monseñor Saenz Lacalle.

Calas de prueba

Paralelo al rescate del Entierro 1 se realizan dos (2) calas de prueba en sectores estratégicos en el área que ocupó el antiguo templo, donde se sospecha que pueden existir más restos o rasgos de interés.

Entendemos el término «cala de prueba» como una excavación no controlada, realizada con el fin de detectar restos materiales o suelos culturales que ameriten observación arqueológica. Se opta por desarrollar calas en lugar de sondeos arqueológicos formales, debido a las limitantes de recursos y tiempo. La cala determinará la zona de mayor interés, en donde el arqueólogo pondrá en práctica la técnica, y cuyos sectores figuraran como unidades arqueológicas que permitirían la integración de los elementos dentro de un contexto espacio-tiempo mediante normas científicas.

En este caso se justifica la utilización de calas por tratarse de un rescate arqueológico con limitantes extremas.

Cala 1. Por falta del recurso humano y la escasez de tiempo, esta cala, al igual que la Cala 2, se excavó con

el auxilio de un tractor como única herramienta disponible, el cual fue monitoreado minuciosamente por el arqueólogo. De este modo se excavaron siete (7) metros hacia el sur del Entierro 1, y cinco (5) metros hacia el oeste, con una profundidad de 175 cm. Aquí se identificó un estrato de tierra café clara, compacta, limosa y fina, la cual serviría como relleno o terracería. Entre esta tierra se perciben dos huellas con corte perfectamente definido, de color negro, húmedo, revuelto, limosa y suave, semiconsistente. Se cree que esta última es la huella dejada por los pilares del templo. Esta cala permite concluir que el sector central del templo carece de otro entierro, siendo el de Tomás Pineda y Saldaña el único.

Cala 2. La Cala 2 se realiza con el auxilio de un tractor, en el sector localizado bajo la torre del campanario moderno. En el primer nivel de esta torre yacían en sus paredes y en el piso siete placas fúnebres, que más adelante expondremos. Se sospecha, entonces, que es posible localizar más entierros, entre ellos el del Gral. Nicolás Angulo (1809 - 1879).

Esta cala únicamente contiene tierra de relleno o terracería parecida a la de la Cala 1 (café claro, compacta, limo, fina), lo que nos permite creer que los restos de las

personas ahí enterradas fueron en algún momento removidos hacia otro sitio. Probablemente se extraviaron, o bien esas placas fueron puestas en ese lugar provenientes del puesto original. Si el caso es que siempre estuvieron ahí, es posible que los cuerpos fueran removidos cuando construyeron la torre del campanario en los años setentas del siglo XX.

Placas:

1º pilar al norte, de cara al sur, frente al altar mayor:

En latín: *Thomas M. Pineda et Saldaña* (sin fecha).

Bajo la torre del campanario:

- Nicolás Angulo (1809 - 1879)
- Da. Ángela González de Trabaino
- Juan J. Saldaña (1878)
- Juana Francisca Velázquez (1880)
- Gertrudis P. y Saldaña (1865) (Primer entierro en el templo)
- Carlos Portillo Velis
- Francisco Escolán (1871)

Gratitudes:

- León XIII - Ocaso del Siglo IX.
- Juan Pablo II - Ocaso del Siglo XX.

2. Hallazgos arqueológicos en Colegio Parroquial Inmaculada Concepción

Los trabajos de demolición en la Parroquia Inmaculada Concepción continuaron, de modo que el día 16 de abril de 2001 se notificaron nuevos hallazgos en el sector ocupado por el Colegio Parroquial Inmaculada Concepción, en la esquina suroeste. El nuevo hallazgo arqueológico se debe a una excavación realizada por el tractor que nivela dicha área, de la cual se obtuvieron datos de lo que fue un basurero probablemente de finales del siglo XIX y principios del siglo XX.

El 17 de abril del mismo año se presentó el arqueólogo al sitio y logró recuperar una regular muestra de material, como botellas (completas y fragmentadas), fragmentos de vidrio, una paila de metal, huesos, entre otros. También se hicieron dibujos y fotografías. En esta ocasión no fue posible realizar un rescate arqueológico adecuado debido a los avanzados trabajos de reconstrucción en la zona y a la carencia de recursos. Sin embargo, los rasgos registrados, *grosso modo*, enriquecen el conocimiento que se tiene de los depósitos de desechos sólidos de aquella época, y la morfología en determinados artefactos. Todos estos restos están asociados a ladrillos de barro coci-

do y piedras de diversos tamaños revueltas en tierra negra.

El depósito subterráneo, o «basurero», se percibe a 130 cm desde su boca o abertura (cuyo diámetro tiene 2.47 cm), con profundidad de 0.80 cm (2.70 cm de diámetro) con base o fondo aun indefinido.

Material recuperado

a) *Huesos*. Se tiene un total de 19 fragmentos posiblemente de animal (?), entre los cuales figuran ocho fragmentos irregulares, cinco largos, dos planos y cuatro irreconocibles.

b) *Porcelana*. Se tiene un total de 5 fragmentos, entre los que figuran tres bordes de tazas con decoración, una base anular y un cuerpo decorado.

c) *Metal*. Se obtiene la muestra de una paila completa, con decoración azul en el borde, semi oxidada y craquelado.

d) *Botellas*. Estas posiblemente contenían vino, ginebra, cerveza, u otros licores.

- Se tienen 7 botellas completas, en cinco tipos diferentes. Una de las botellas es de cerámica y el resto son de vidrio. Estas tienen una altura

máxima de 28 cm con un mínimo de 8 cm, con un ancho de 9 cm máximo y un 5 de mínimo.

- Se tiene una botella de vidrio, completa fragmentada.
- También se recuperan 11 bases diferentes: nueve son de vidrio, con 8 cm de diámetro máximo y 6 cm de diámetro mínimo. Dos de estas bases contienen papel tornasol, con 3 cm de diámetro máximo con 6 cm de diámetro mínimo. Se tiene 2 de bases elaboradas en cerámica, con 8 cm de diámetro máximo.
- Se obtienen 4 boquillas, todas de diversa forma, con 2 cm de diámetro mínimo y 3 máximo.
- También se recuperan 11 cuerpos fragmentados, cuatro de cerámica y siete de vidrio, pertenecientes a cinco tipos distintos de botellas.

e) Vasija. Se tiene 1 fragmento de vidrio de considerable tamaño, aparentemente forma parte de un plato frutero, con decoración en relieve. Sus medidas son de 24 cm de largo con 6 cm de alto.

f) Fragmento desconocido. Se recuperó un fragmento de un hueso decorado (?).

Conclusiones preliminares

Se cree que este hallazgo es un basurero de finales del siglo XIX y principios del siglo XX. Dicho lugar fue ocupado primeramente por el Colegio Tridentino, luego el Colegio Champagnat, seguido por el Colegio San José y finalmente por el Colegio Parroquial Inmaculada Concepción hasta nuestros días.

La hipótesis es que posiblemente, en la época del Colegio Tridentino, antes de la colocación de la primera piedra para su edificación el 2 de septiembre de 1858, fue utilizado este espacio como basurero. Se cree así, puesto que la tierra negra que forma el segundo estrato y al mismo tiempo el contenido del depósito, luce como una capa que en un tiempo formó parte de una superficie plana (el suelo natural). Sobre esta se colocó una capa de tierra para compactar y dar espacio para la nueva estructura. Sin embargo las conclusiones quedan abiertas a futuras investigaciones.

En la temporada de excavación arqueológica de 1999, realizada en el Templo Santiago Apóstol en Chalchuapa —el cual data desde el siglo XVII y contiene rasgos del siglo XIX— fue posible encontrar un basurero en el sector Este del mismo, bajo la antigua bodega. Este basurero tiene una forma dife-

rente al del Colegio Parroquial Inmaculada Concepción, sin embargo los materiales contenidos son muy similares, excepto que los del templo Santiago Apóstol contiene mayor cantidad de restos orgánicos que materiales sólidos. En aquella ocasión también se encontró, entre vidrios, cerámica, porcelana, huesos, monedas de plata, metales no identificables y una botellas muy parecidas a las aquí encontradas.

3. Arqueología en las residencias del Centro Histórico de Santa Tecla

El día 24 de abril de 2001 se realizaron recorridos en algunas residencias que en ese momento se encontraban en labores de reconstrucción, para lo cual se tuvo que perforar el suelo y preparar la colocación de zapatas que se utilizarían en las nuevas estructuras. Se tiene el reporte de dos residencias en las cuales se presenta material enterrado y acumulado, sumado a otros hallazgos tenidos en varias residencias de la zona, los cuales no fueron registrados por los arqueólogos.

Nutrivid (Clínica Naturista), 4° Av. norte, # 3 - 10

Se desconoce el antecedente his-

tórico de esta residencia. Cerca de la entrada principal de esta casa se localizó una concentración de material en baja densidad, a 90 cm de profundidad en un diámetro de 90 cm. Se tienen ocho fragmentos metálicos desconocidos, tres fragmentos cerámicos, un fragmento de botella y un tintero fragmentado.

Venta de Plátano y Banano, calle Daniel Hernández, # 2-5, al sur de la Parroquia Concepción

Se trata de una residencia que anteriormente fue ocupada por alguien de la alta sociedad. Sin embargo, se desconocen sus antecedentes históricos. Aquí se tiene nota del hallazgo de un plato de porcelana y una base de vidrio. También se notifica la presencia de restos de candelabros metálicos que no pudieron recuperarse.

4. Armas en Nuestra Señora de la Asunción de Ahuachapán

Antes de empezar a excavar en Nuestra Señora de la Asunción, en Ahuachapán, se sabía de un mito relacionado con ciertas armas ocultas en el interior de la parroquia: «Se dice que un día se ocultaron armas en la casa parroquial del templo», comentaban el Dr. Horacio Magaña y el Padre Carlos Álvarez. El dato

era solo una fracción de la tradición oral que no muchos conocían, cuya minúscula referencia poco definía la historia aún no escrita. Percatando en el curioso mito, el siglo XX había dejado algunos recuerdos.

Habían pasado ya cuatro temporadas de intervenciones arqueológicas, desarrolladas durante los trabajos de restauración del histórico templo a raíz de los daños ocasionados por los terremotos de 2001. Aquella época de investigaciones dejó un exquisito mosaico de hallazgos e información cultural que entrelazan la fuente documental con la evidencia material. Lo anterior permitió la elaboración de un importante informe arqueológico y texto denominado «Una Visión del Pasado desde Nuestra Señora de la Asunción de Ahuachapán», documento inédito ahora localizado en el Departamento de Arqueología de la Secretaría de Cultura y en algunas bibliotecas nacionales. Aquel informe resume muchas horas de lectura y archivos, mesas de análisis, escritorio y actividad en campo. El estudio fue la búsqueda de una prudente interpretación que detallase la historia local a través de los artefactos y rasgos arqueológicos.

En principio, la investigación giraba en torno a los hallazgos de restos óseos que apuntaban a un cementerio colonial —posteriormente, republicano— suscitados

en templos anteriores al actual, en la misma área. Así se sumaba el hallazgo de cerámica, vidrio y porcelana del siglo XIX que se evidenciaban como parte del ripio y la mezcla de una antigua modalidad constructiva de aquel viejo siglo, de cuyo suelo emerge el inmueble que ahora conocemos. Pero por su lado, en otras investigaciones se había ya suscitado el hallazgo de restos de un antiguo asentamiento indígena del periodo preclásico, localizado bajo los entierros republicanos en la nave central de la iglesia. La historia de esta limitada área se remonta a épocas lajanas.

Tras toda esta rica información no sospechábamos que luego, entre el enlace de épocas fundidas en un solo espacio en las entrañas del templo, fue en la última temporada de excavación cuando acontece el inesperado hallazgo. Se trataba de un considerable lote de armas y municiones en el contexto arqueológico de una época muy reciente. Sin precedente alguno más que aquel conocido rumor de las armas, la arqueología abriría nuevamente un viejo expediente que traería a la luz algunos hechos suscitados en el corazón del siglo XX, incorporando la historia del templo en la cotidianidad política de aquella convulsa época.

Con este relevante hallazgo se cierra la quinta temporada de

investigaciones arqueológicas en Nuestra Señora de la Asunción de Ahuachapán. Y fue así, a no más de tres generaciones, como se logra constatar que aquel 'mito' de las armas ocultas fue siempre una verdad.

El hallazgo

Durante la tarde del 13 de octubre de 2003 transcurrían las excavaciones de reconocimiento de rasgos culturales y registro de suelos en el pequeño jardín de la casa parroquial del templo. A menos de 30 cm de la superficie, uno de los trabajadores encontró una munición no detonada calibre 7 mm, lo cual fue motivo suficiente para concentrar nuestro interés en el reducido espacio donde estaban algunas macetas.

Tomando con seriedad aquel rumor de las armas, se trazó una cuadrícula de excavación que cubría 4.15 m de largo con 1.43 m de ancho, al contorno del hallazgo. Para realizar esta excavación fue indispensable contar con la colaboración de un buen amigo y colaborador del Departamento de Arqueología, Lic. Giovanni Zaghini, especialista en armas, quien incorporó un detector de metales al rastreo de estas evidencias y con su conocimiento aportó importante información para el registro de material armamentístico,

lo cual permitió nutrir la interpretación del hallazgo.

De este modo, la excavación logró detectar, primeramente, ocho fusiles de 1.23 cm de largo, colocados de cuatro en cuatro en direcciones contrarias (este-oeste y oeste-este). Debido a la acidez del suelo, los fusiles se encontraban en pésimas condiciones de conservación: carecían de sus partes de madera (como la culata), lo cual ofrece una referencia anticipada del tiempo en que debieron permanecer enterradas. Estas armas aún conservaban las alzas de mira regulables y las argollas en las que se enganchaba el portafusil (correa); aún eran notorias las puntas de mira y el enganche para la bayoneta. De antemano se constató que se trataba de fusiles de cerrojo con cargador interno para almacenar cinco cartuchos de tiro 7 mm. El cerrojo estaba a 90 grados del fusil, al tiempo en que estos se encontraban cerrados.

Estos fusiles, al momento de enterrarse, fueron depositados sobre abundante munición. Esta se encontraba en cajas de cartón, cuyos restos aún se estaban adheridos a los cartuchos. Dichas cajas contenían 20 cartuchos cada una. El estado de conservación de los cartuchos supone un alto grado de oxidación, mientras que otros todavía se perciben intactos.

En el mismo contexto, con-

tiguo a los fusiles en el sector oeste, se encontró otro lote de munición de 7 mm depositado a granel. Consecuentemente, a 85 cm de distancia hacia el sector este se obtuvo un tercer lote de municiones también depositado a granel. La munición encontrada nunca fue detonada. Es curioso que en este último rasgo, entre los cartuchos de munición, se encontró una rasuradora metálica de dos piezas y una interesante medallita de la Virgen de la Milagrosa.

Al concluir la excavación se contabilizó un total de 1,391 cartuchos de munición de 7 mm, sumado a los ocho fusiles de cerrojo, cada uno con sus accesorios —la placa de culata y gancho de cincheta trasera.

El análisis de Zaghini nos permite considerar que estos fusiles son de manufactura española de la fábrica Oviedo, cuyos modelos se produjeron entre 1909 y 1910, utilizados en la primera mitad del siglo XX.

Datos del fusil. El Oviedo realmente se conoce como Mauser Español. En esta versión, España tomó como base el fúsil Mauser Alemán producido en 1893, siendo este último el precursor del cerrojo. La diferencia entre el Mauser Alemán y el Mauser Español es determinada por la posición del cerrojo, un dato muy importante que nos permite algu-

nas interpretaciones que se detallan más adelante. El Mauser Español es un arma utilizada en la guerra civil española, preámbulo de la segunda guerra mundial, siendo estos los más robustos y avanzados de su época. Este fusil era muy preciso y potente, algo muy importante para la infantería. Los Mauser constituyen un sistema de repetición para cinco cartuchos y uno en la recámara. Sus partes principales son un cañón de tres cuerpos escalonados, unidos por medio de roscas al cajón de los mecanismos de alimentación en su interior, el mecanismo de disparo y los elementos de seguridad y puntería, y finalmente la caja y el guardamano de madera. Estos modelos pueden apreciarse en el Museo Militar en San Salvador.

El Mauser Alemán era el arma oficial utilizada por el ejército de El Salvador en la primera mitad del siglo XX, mientras que el Mauser Español u Oviedo, era distribuido en países como México, Brasil y Uruguay; en América Central lo utilizó Guatemala.

De este modo, la posición del cerrojo ha permitido reconocer la fábrica del fusil, siendo este un Oviedo, y según algunas referencias podría tratarse de un arma perteneciente al ejército guatemalteco.

Otros hallazgos posiblemente relacionados

Hemos de señalar también otro hallazgo relacionado a la época de las armas. Se trata de una recámara subterránea localizada bajo la sacristía de la misma casa parroquial, a pocos metros del jardín. Consiste en una curiosa habitación cuya profundidad oscila los 3.81 m, en un área de 2.5 m de largo que corre de norte a sur, y 1.30 de ancho, de este a oeste. Esta oscura recámara se presenta como una bóveda de cañón sostenida por columnas con detalles arquitectónicos ornamentales, y cuya área total le componen tres espacios formando una *T*. A dichos espacios les denominamos 'ala norte', 'ala sur' y 'centro'.

Una de las paredes en el ala norte contiene dos nichos cuya función es desconocida, los que aparentemente sugieren escondrijos. En la misma ala se tiene una perforación o pequeño pozo en cuyo interior encontramos un antiguo candelabro decorado con una cruz soldada en hierro. Este artefacto sugiere doble funcionalidad: cruz y candelabro. Mientras tanto, en el ala sur, en la parte superior de la bóveda se tiene un orificio que traspasa la pared hacia el exterior, y sugiere un respiradero o entrada de aire. Nadie pudo proporcionar información relacionada con esta

habitación, por ello permanece completamente desconocida su función. Algunos creemos que se trata de un escondite. Su construcción es similar a los estilos arquitectónicos eclécticos de la primera mitad del siglo XX. Se reporta que en aquella época, por los años 30, se realizaron algunas remodelaciones al inmueble, las cuales posiblemente dieron lugar a la construcción de este espacio sin que fuese divulgado. Curiosamente, tanto su estilo arquitectónico y constructivo, como las fuentes orales y documentales relacionadas a las remodelaciones del templo, nos sugieren que esta habitación data de la misma época de las armas: primera mitad del siglo XX.

Surge así una pregunta más compleja, ¿las armas, la recámara o escondite y el templo son un conjunto? Las preguntas pueden que conduzcan a considerar el papel jugado por la iglesia, o por los encargados de esta iglesia, en la primera mitad del siglo XX.

Recámara y armas: una interpretación del hallazgo

En conversación personal con el Dr. Horacio Magaña, ahuachapaneco de distinguido abolengo, en cuanto al yacimiento de fusiles y municiones en la parroquia del templo,

comenta que siempre se ha creído que este armamento se depositó en consecuencia a la rebelión en contra del Gral. Maximiliano Hernández Martínez, del 2 de abril de 1944. Agrega el Dr. Magaña que en aquel momento se realizaron modificaciones al templo, lo cual posiblemente tenga también relación con la construcción de la recámara localizada en el sector de la sacristía.

Ahondando un poco más en la tradición oral, fue posible que este material fuera detectado en los años cuarenta del pasado siglo, por el entonces párroco del templo Padre Francisco Echevarría, Misionero Josefino, quién fungió entre las fechas comprendidas del 11 de diciembre de 1942 al 1 de febrero de 1953. Posiblemente para evitar cualquier dificultad con las autoridades de la época, el padre Echevarría decidió sepultar el armamento. Desde aquel momento existió el rumor de la presencia de armas en el sector del jardín de la casa parroquial.

La tradición oral no especificó nunca mayores datos sobre la procedencia de estas armas, ni la cantidad y cualidades.

Con este hallazgo puede tenerse una posible referencia en cuanto a la funcionalidad de la recámara: ¿se trataba de un escondite?.

Para explicar la presencia de este armamento, deberemos retomar documentos de la época y con ello concebimos algunos supuestos que permitan posibilidad para esclarecer el hecho.

De este modo, partiendo de los argumentos de la tradición oral, tomaremos otras fechas que sugieren posibilidades. Consideraremos el 2 de diciembre de 1944, tomando en cuenta el año de referencia señalado por el Dr. Magaña. Durante aquella época en el siglo XX, El Salvador se fundía en el espectro político acarreado tras la caída de la dictadura martinista. El transcurso de aquel 1944, luego de numerosos incidentes políticos, la pugna y la inconformidad llevó al país a su crisol, luego que el Coronel Osmín Aguirre y Salinas conquistara el poder. Los principales periódicos del 2 de diciembre de 1944, redactan la alarmante noticia referente a al tiroteo suscitado la noche anterior, entre las 10:30 y 12:00, que sembró intranquilidad en San Salvador. Se vivía un ambiente de inseguridad política en la región. Un grupo de revolucionarios encabezados por el Dr. Arturo Romero, desde Guatemala, pretendían derrocar al entonces presidente salvadoreño. De este modo se rumoraba que desde el vecino país saldría una invasión. En respuesta, el Presidente Aguirre estableció una base de

operaciones militares en Santa Ana y minó la carretera que de la ciudad de Ahuachapán conduce a la misma. Hecho esto, los revolucionarios que venían de Guatemala entraron por Ahuachapán. La historia escribe, para aquel 2 de diciembre, una sangrienta batalla en los llanos del Espino, contiguo a la ciudad, en la que tropas de refuerzo lograron aplacar a los revolucionarios. Aquello terminó en numerosas muertes. El llano fue el escenario donde se vivió uno de los más duros episodios bélicos que el siglo XX recordaría para esta ciudad.

Ahora bien, otras referencias nos indican que Guatemala utilizaba fusiles españoles Oviedo, similares a los encontrados en la casa parroquial del templo a Nuestra Señora de la Asunción, mientras que en El Salvador el arma oficial del ejército era el fusil Mauser de origen alemán, muy similar al Oviedo, con la diferencia determinada por el ángulo del cerrojo, como se ha dicho en párrafos anteriores. Se desprende de la posibilidad de que, por tratarse de una ciudad fronteriza con Guatemala, y en adición a la inestabilidad política de la época, así como al papel de la iglesia en aquel contexto, esta cámara fue construida años antes, durante las restauraciones señaladas por el Dr. Magaña, posiblemente con algún objetivo relacionado al caos político de aquellos años.

Para algunos analistas, la iglesia evitaba cualquier dificultad que pudiera ocasionar confrontación con el gobierno y los militares. Debido a ello, se reprimía todo intento discordante dentro del clero que fuese en contra del capitalismo y de la clase gobernante cafetalera. Posiblemente eso motivó a que se escondieran esas armas, y así evitar cualquier problema con las autoridades de la época. Puede que aquellos incidentes tuvieran relación con estas armas. Si estas fuesen armas de uso exclusivo del ejército de Guatemala o aquel país era uno de los receptores de este armamento, la pregunta será: ¿porqué se encontraron estas armas en el interior de una iglesia salvadoreña?, ¿decomiso?, ¿reserva?, ¿deshecho? Las verdaderas intenciones —con un tinte escéptico, aunque se cuente con evidencias escritas— quedará solo en la memoria de los protagonistas.

5) Exhumación y arqueología de rescate a los restos del Prócer Independentista Gral. Manuel José Arce

Muerte de un prócer

Según *La Gaceta del Salvador* correspondiente al 17 de diciembre de 1847, el Gral. Manuel José Arce murió el día 14 de diciembre

del mismo año en la casa del Gral. Fermín Paredes, ubicada frente a la Administración de Rentas, en el barrio La Vega de San Salvador, a la edad de 60 años.

Los restos mortales del Gral. Manuel José Arce fueron sepultados frente al Altar Mayor del antiguo templo La Merced. El actual templo La Merced, donde se ubicó la tumba del Gral. Manuel José Arce, se localiza en la 10ª Av. Sur y 6ª calle oriente, en el centro histórico de San Salvador.

La edición del 5 de septiembre de 1978 del periódico *El Diario de Hoy* publica que los restos del Gral. Manuel José Arce fueron exhumados, sin que el reportero lograra conseguir mayor información referente a motivos o técnicas utilizadas. Las fotografías de aquella exhumación, archivadas en la Secretaría de Cultura, poseen fecha de los meses abril y mayo del mismo año. Este entierro de 1978 se localizaban en el sector Sureste de la actual iglesia. Para esa fecha, esos restos fueron trasladados a una capilla edificada en el sector sur del templo, la que luego fue conocida como «Capilla Cívica», frente al Cristo Crucificado. Durante los últimos años, esta capilla contuvo una lápida fúnebre alusiva al prócer.

No se tiene dato de alguna exhumación realizada a los restos

antes de 1978. Tampoco se tienen notas de interés científico tomadas de la exhumación de ese mismo año.

Habría que considerar que aquella exhumación de 1978 pudo ser la primera intervención a los restos del prócer desde 1847. Partiendo de ello, alguna nota nos pudiese dar a conocer si estos restos estuvieron siempre desde 1847, en el lugar antes mencionado. De ser así, con la presencia de un arqueólogo en aquel momento, se hubiera obtenido nota de anteriores intervenciones, saqueos, o en caso de encontrarse *in situ*, se tendría un patrón de enterramiento, modalidades funerarias, forma y naturaleza del féretro, vestimenta, posición de objetos, orientación del entierro, materiales y naturaleza de los artefactos contenidos tanto en el interior del féretro como en el individuo. Con el interés de conocer patrones funerarios y registrar mediante la técnica arqueológica todo detalle de la célebre tumba, la figura de «exhumación» adoptó el tono de «rescate arqueológico», como se expone a continuación.

Actividades de exhumación

La Unidad de Arqueología, por medio de la entonces Coordinación de Investigaciones de Concultura,

conformó un equipo de trabajo para el rescate de muestras de información cultural contenidas en el entierro. Este equipo se compuso de la siguiente manera: para el trato del material óseo se requirió del paleontólogo Dr. Mario Romero, quien a la vez dirigía la Coordinación de Investigaciones de Con-cultura; para la consolidación del material se contó con la asistencia de la Arq. Alejandra González, entonces era miembro del Taller de Restauración del Museo Nacional de Antropología 'Dr. David J. Guzmán'. El levantamiento fotográfico y el registro del material en gabinete estuvo a cargo el Sr. José Concepción Torres, miembro de la Coordinación de Registro e Inventario. El registro escrito, análisis de los restos *in situ*, selección del material de interés cultural y dirección de la exhumación estuvo a cargo el Lic. Fabricio Valdivieso.

Los restos del Gral. Manuel José Arce fueron exhumados el 4 de septiembre de 2002. Fue esta la segunda exhumación conocida, como se menciona en líneas anteriores.

Durante toda la actividad, el equipo de exhumación estuvo rodeado por una elegante escolta o guardia de honor conformada por cadetes de la Escuela Militar Capitán General Gerardo Barrios, quienes se apostaron al contorno del área de actividad y sector de la sepultura, hasta el acce-

so al templo.

A pesar de que la información cultural en esta ocasión recuperada es mínima, aún es posible conocer algunos aspectos útiles a la ciencia. Entre estos aspectos se tienen artefactos contenidos en el cuerpo: tela, que permitirá conocer texturas, decoración, colorantes utilizados en la época, influencias comerciales de otros países en cuanto a textiles, entre otros. Así también se tienen restos de metales que permitirán conocer algo referente a esta industria y sus características: cueros, sus acabados, funcionalidad y decoración; madera, naturaleza de la misma y sus utilidades; y otros que comprenden tanto parte de la vestimenta, como del resto del primer féretro. Además, las muestras del mismo cuerpo pueden proporcionar datos sumamente importantes: análisis de ADN, patologías, estatura, nutrición, entre otras cosas.

Este rescate se aplica, prácticamente, a un entierro de secundario, indirecto, contenido en un féretro y bóveda construidos en los años posteriores a 1970.

Investigación:

El objetivo de la investigación consiste en aprovechar la oportunidad de registrar datos culturales

y tomar muestras de osamentas para futuros análisis que puedan enriquecer el acervo tenido en torno al prócer Gral. Manuel José Arce y su época. Asimismo, se pretende disponer de las muestras mismas cuando la ocasión lo requiera.

El procedimiento seguido se detalla de la siguiente manera:

1. Excavación hasta el nivel del féretro (en este caso apertura de la bóveda mortuoria).
2. Identificación de materiales culturales y selección del mismo.
3. Limpieza superficial del material seleccionado.
4. Clasificación.
5. Consolidación con Paraloid B-72 en thinner, aplicado superficialmente con brochuelo. Únicamente se aplica consolidante a las muestras óseas y metales, puesto que la tela tendrá otro procedimiento de laboratorio.
6. Embalado de cada muestra, utilizando papel aluminio.
7. Traslado de las muestras al Museo Nacional de Antropología "Dr. David J. Guzmán".
8. Levantamiento fotográfico del material.
9. Segundo tratamiento de consolidación del material, en gabinete.
10. Presentación de informe técnico.

Detalle:

La exhumación inició a las 9:00 a.m. del día 4 de septiembre de 2002, aún sin la presencia del equipo de rescate de Concultura. Este último se presentó media hora después. Se requirió de dos trabajadores, quienes al iniciar los trabajos en el piso quebraron cuatro ladrillos al Norte y cinco al Este, correspondientes a la Capilla Cívica. Con esto último se logró mostrar dos (2) de las cuatro (4) tapaderas de cemento que cerraban la bóveda que contuvo el féretro, que posteriormente fueron levantadas. Cabe señalar que los trabajadores, en su inicio, quebraron la lápida mortuoria que hace alusión a los restos del prócer, antes de la presencia del equipo de rescate. La referida lápida fue recuperada por los miembros del equipo y posteriormente llevada a las instalaciones del Museo Nacional de Antropología 'Dr. David J. Guzmán' para su restauración y resguardo.

Al observar los restos que yacían en el interior de la bóveda, se logró constatar que estos refieren a un entierro secundario, indirecto, cuyas osamentas se perciben envueltas en tela y otros materiales que componen parte de la indumentaria del individuo, rasgo que se denomina 'bulto'. El bulto se encuentra en el interior de un féretro

moderno putrefacto que colapsó sobre los restos. El féretro se localiza en el interior de una bóveda de cemento, la cual contiene una ligera fuga de agua. El agua, obviamente, fue el acusante del acelerado proceso de putrefacción del féretro, a la vez que contribuyó al deterioro del contenido en bulto al que se hace referencia. Esto permitió que el material óseo se pulverizara, el metal se oxidara aceleradamente, y el cuero y la tela se pudrieran. Sin embargo, se extrajeron muestras en pésimo estado de conservación. Se separaron los restos del féretro y se seleccionó el material útil para muestreo, según el procedimiento.

La mayor parte del material óseo, tanto pulverizado como semicompleto, se colocó en un féretro lujoso, para su traslado a la funeraria La Auxiliadora, en San Salvador, y luego inhumarlos en el Monumento Conmemorativo a los Próceres Independentistas, localizado en el Complejo Cultural Recreativo San Jacinto. En este nuevo féretro se tiene un revestimiento metálico en su interior, el cual permitirá que los restos del prócer se conserven por mucho más tiempo. Así también se dejaron restos de tela, que fueron llevados por personal de la funeraria, posiblemente para enterrarlos junto al nuevo féretro.

Las evidencias culturales fueron pocas, si consideramos

la posibilidad de atuendos de un general de la época y prócer de la nación. Lo anterior puede deberse a que en la primera exhumación o mucho antes posiblemente, se extrajo la mayor riqueza del material contenido en el referido entierro y fue repartido entre particulares.

Luego de la exhumación, se dio un acto en honor al prócer.

Material recuperado como muestras para análisis

El material recuperado contiene las pruebas mínimas que identifican visualmente su naturaleza o forma.

Indumentaria:

- 11 fragmentos de tela
- 8 fragmentos que en primera instancia aparentan restos de cuero
- 2 tacones de calzado
- 4 restos de capona
- 1 fragmento de fibra no identificada

Metales:

- 25 clavos
- 1 botón
- 4 fragmentos no identificados
- 4 fragmentos que aparentan alambres

Hueso:

- 1 falange
- 1 fragmento de hueso largo

El total de materiales recuperados asciende a 62 muestras. Fueron fotografiadas para el registro de la Unidad de Arqueología.

Asimismo se recupera también la placa fúnebre elaborada en mármol, la cual se presenta completa-fragmentada en ocho partes. Las medidas de la placa son: 1.24 cm de largo con 64 cm de ancho.

Conclusiones preliminares

Según las muestras recuperadas, es notable que este individuo portaba indumentaria de lujo. El tipo de botón, de aproximadamente de 1 pulgada de diámetro, parece pertenecer a un traje con cierres suntuosos. También, los restos de caponas sugieren cierto rol en la sociedad.

La localización en el interior de un templo católico cuyos antecedentes datan del siglo XIX, identifican a este individuo como un personaje de importancia. Las fuentes históricas, la lápida y el carácter de la indumentaria del individuo parecen corresponder al Gral. Manuel J. Arce. Pruebas de ADN lograrían reconocer con certeza la identidad de este individuo.

La investigación a través de los restos materiales del prócer Gral. Manuel José Arce, quien fue el primer Presidente de Centroamérica, queda abierta a quienes interesen conocer a fondo su historia y su tiempo.

6. Dr. José Matías Delgado y hermanos Aguilar en Iglesia El Rosario

Esta investigación intenta demostrar la veracidad de la existencia de los restos mortales de los próceres Dr. José Matías Delgado y los hermanos Vicente Aguilar y Nicolás Aguilar en el interior de la iglesia El Rosario, en donde se suponen sepultados. Este templo se ubica en el sector Este de la Plaza Libertad, en el Centro Histórico de San Salvador. El objetivo de la investigación consiste en localizar dichos restos pretendiendo luego una exhumación, como parte de un mandato presidencial durante el año 2002.

Antes de ejecutar cualquier intervención de suelos se realizaron investigaciones preliminares, que consistían en localizar y abordar toda fuente directa de información como documentos y entrevistas que puedan referir datos precisos del lugar de enterramiento en el interior del templo.

El día 15 de agosto de 2002,

una comisión dirigida por el autor en compañía del Arq. Rubén Martínez, diseñador y constructor del actual templo El Rosario, realizan una inspección técnica al referido inmueble. En aquella ocasión, la comitiva logró entrevistarse con el Padre Antonio, párroco de la iglesia, y con el Padre Gregorio, quienes los acompañaron en un recorrido por el templo. Los padres mostraron algunas lápidas removidas del templo predecesor al actual, ubicadas actualmente en una recámara ubicada en el sector noreste de la Iglesia.

En primera instancia se constató que de las lápidas mostradas, una es alusiva al Centenario del Grito de Independencia, colocada el 11 de noviembre de 1911, la cual conmemora al Dr. José Matías Delgado. Así también se tiene otra lápida fragmentada que refiere a los restos mortales de Nicolás Aguilar, quien murió en 1818. Del mismo modo se percibe otra lápida fragmentada que hace referencia en latín al tercer Obispo del Salvador, Dr. Cárcamo y Rodríguez, sepultado en el referido templo hacia 1885.

Según el Arq. Rubén Martínez, en los trabajos de construcción realizados entre 1964 y 1971 se encontró, a escasos 100 cm de profundidad aproximada, una bóveda que contenía un féretro. Este rasgo se localiza en un lugar no cla-

ramente determinado en el interior del templo, contiguo a las paredes del sector Sureste. El Arq. Martínez afirma haber presenciado en el interior del ataúd, restos de calzado y tela putrefacta. Se prohibió que fuese tocado por los trabajadores y se dejó todo en su lugar para luego enterrarlo y continuar con la edificación del templo sin que el rasgo fuese alterado.

Los datos recuperados del entierro encontrado en febrero del año 2001 en la demolida Iglesia Inmaculada Concepción de Santa Tecla, el cual correspondía al segundo Obispo de El Salvador Dr. Miguel Tomás Pineda y Saldaña, sepultado en 1875, refieren a un patrón de enterramiento que consistía en un féretro contenido en una bóveda. Dicho féretro se localizaba a un metro de profundidad aproximada, dato muy similar al proporcionado por el Arq. Martínez. Lo anterior hace creer que lo encontrado en los trabajos de construcción del templo pueda referir a los restos del tercer Obispo de El Salvador Dr. Cárcamo y Rodríguez, sepultado en el segundo templo edificado en el área, lo cual consta mediante fuentes documentales y en la misma lápida aquí localizada. O bien puede tratarse de otro personaje de la época cuya lápida, en caso la hubo, haya desaparecido.

Algunas fuentes señalan

que a raíz de las batallas que tuvo el gobierno de Gerardo Barrios y Rafael Carreras, los restos del Gral. Bracamonte fueron enterrados en el atrio del primer templo edificado en el área.

El primer templo, denominado Iglesia Parroquial, fue uno de los edificios que más dominaba la urbe de 1811. Este edificio se ubicaba al oriente del otrora Plaza Mayor o Plaza de Armas, hoy Plaza Libertad. Esta Iglesia Parroquial fue edificada por el Dr. José Matías Delgado, la cual se admira en una estampa francesa publicada en los viajes de Enault. Este templo fue llevado al grado de Catedral el 1º de octubre de 1843, momento en el cual el Dr. Jorge Viteri y Ungo, primer Obispo de El Salvador, ofició una misa.

Este antiguo inmueble se edificó en forma de cruz latina, con dos torres: una para el campanario y otra para el reloj. Aparentemente este templo abarcaba toda la manzana donde hoy se encuentra la Iglesia El Rosario.

La Iglesia Parroquial se dañó en el terremoto del 16 de abril de 1854, debido a un golpe ocasionado por la torre —que durante un breve tiempo lució adornada por un nuevo reloj traído de Europa hacía apenas un año— llevando a su caída gran parte de la contemporánea estructura. Luego del siniestro, a crite-

rio de los eclesiásticos, la arruinada catedral aun brindaba seguridad. Temporalmente se podían guardar en su interior parte del mobiliario y algunas cosas de los demás templos dañados, entre imágenes y alhajas. Mientras tanto, las misas se daban provisionalmente en una ermita de teja localizada en la Plaza Mayor. Este templo ya había soportado los terremotos de 1815, 1831 y 1839. Luego de 1854, el templo fue restaurado por el gobierno, hasta el terremoto del 19 de marzo de 1873 el cual propició su demolición.

Hoy día no se cuenta con los planos originales de aquel antiguo templo, como tampoco se tienen los planos de los templos que le prosiguieron. Los templos posteriores ocuparon la porción norte de la cuadra donde lució el primero. Un plan de investigación consistiría, en primera instancia, en comprender las dimensiones y la orientación del antiguo primer templo dentro del área que ocupó, y con ello pretender localizar los entierros dentro del mismo. A su vez, se hace necesario comprender las construcciones de los templos que le precedieron, considerando así la remoción de contextos que dieron paso a dichas edificaciones.

Nicolás Aguilar, según fuentes históricas, fue enterrado en una fosa abierta en la capilla mayor de aquel primer templo, en septiem-

bre de 1818. Vicente Aguilar fue sepultado en la nave derecha de la misma iglesia, en abril de 1818. El Dr. José Matías Delgado, según algunos historiadores, fue enterrado al pie del altar mayor del mismo templo, en noviembre de 1832. No se percibe en el actual templo una lápida que refiera a los restos del Dr. José Matías Delgado y a Vicente Aguilar. Si los restos existiesen, no tenemos datos precisos de la localización de los mismos en el terreno donde antes estaba la primera catedral, comprendida hoy tanto por la Iglesia El Rosario como por el ex colegio Fray Martín de Porres, en el sector Sur del mismo, y algunos comercios en el sector Este de la cuadra.

Por otro lado, la remoción de suelos para los trabajos de terracería que dieron lugar a la construcción de establecimientos comerciales y la actual Iglesia El Rosario, permite dudar de la existencia de dichos restos. Además, se desconocen datos precisos de la vestimenta o rasgos físicos particulares de los individuos al momento de ser enterrados. Esto último garantizaría la identificación de los restos de determinado personaje, evitando cometer un falso histórico. Lo anterior se da considerando que en este espacio también fueron enterrados otros eclesiásticos o personajes distinguidos en diversos tiempos.

En conclusión, no se consideró conveniente realizar una excavación sin antes poseer las pruebas suficientes que garanticen la existencia y localización de los cuerpos en el referido inmueble, de lo cual se carece. Los estudios magnéticos en el área pueden identificar anomalías en el subsuelo, lo cual sería normal puesto que las iglesias de la época fungieron como cementerios. Así también, dichas anomalías no garantizarían que estas tratan en realidad, de un entierro.

7. Arqueología de épocas republicanas en sitios prehispánicos

Durante los años 2004 y 2007, la estructura B1-2 de Tazumal, en Chalchuapa, fue objeto de intervención arqueológica intensiva y restauración. Estas intervenciones, dirigidas por el autor, pretendían definir sistemas constructivos indígenas y diferenciarlos de las restauraciones en cemento realizadas durante la década de 1950. Las primeras intervenciones, a mitad de siglo, fueron dirigidas por Stanley H. Boggs. De este modo, se requirió demoler de manera manual y controlada las viejas estructuras de hormigón, pretendiendo no dañar las estructuras arqueológicas prehispánicas

de su interior. Lo anterior es parte del proceso deconstructivo.

Las restauraciones de la década de 1950 fueron elaboradas directamente sobre las construcciones originales. Hubo que definir con precisión la construcción moderna de la arqueológica. El sistema constructivo moderno utilizó piedra embonada con cemento y lodo, y en ocasiones, piedras de menor tamaño que simulan pasillos empedrados y muros originales. La colocación de piedras permitió aumentar el volumen del edificio, y luego le fue colocado el revestimiento de cemento. A este sistema constructivo realizado en los años cincuenta le reconocemos como 'falsos arquitectónicos'. Estos últimos serán todas aquellas intervenciones constructivas modernas aplicadas sobre las construcciones prehispánicas.

Deconstrucción

Como primer paso para iniciar la deconstrucción de una estructura arqueológica compuesta de cemento se organiza un adecuado plan de intervención, el cual tiene como objeto prioritario reconocer rasgos arquitectónicos de naturaleza arqueológica, o llamados también 'originales', y diferenciarlos de los rasgos arquitectónicos edificados

en virtud a las primeras intervenciones realizadas en la década de 1950, o falsos arquitectónicos. Esto significa que identificaremos primero los falsos arquitectónicos de las evidencias originales, pretendiendo no destruir estos últimos, y dejarlos intactos para el registro, estudio y posterior consolidación y restauración. De este modo se removerá el cemento y los materiales constructivos modernos aquí contenidos, hasta localizar las evidencias indígenas. Habremos de reconocer aquí dos sistemas constructivos de dos épocas muy distantes: prehispánica y mitad del siglo XX.

Una vez hemos reconocido lo original de lo falso, damos inicio con el registro de los mismos. Luego, la investigación se torna hacia el estudio arqueológico de las evidencias prehispánicas acaecidas, comparándolas con el registro de resultados documentales emanados de las primeras intervenciones en 1950.

De este modo se solventan dudas, y se actualiza la información, dando lugar a nuevas interpretaciones. En nuestro caso surgieron también nuevos aportes sustentados por el hallazgo de evidencias antes no percibidas. Siendo así, el procedimiento deconstructivo de una estructura arqueológica evoca el estudio del procedimiento arqueológico aplicado por los pri-

meros arqueólogos que intervinieron el sitio. Es decir, a través de la arqueología moderna se estudiarán y entenderán los procedimientos arqueológicos realizados a mitad del siglo XX: arqueología de la arqueología. De este modo se pretenden identificar técnicas arqueológicas utilizadas en el pasado, empleo del concreto en la arqueología incipiente en El Salvador y motivos que condujeron a las interpretaciones antes tenidas, así como corroborar datos relacionados al estado de conservación de la estructura en su parte interior, y la búsqueda de precisión hacia las teorías antes sostenidas, en base a las pruebas ahora suscitadas.

Excavación

El proceso deconstructivo de la estructura B1-2 inicia en la parte superior de la misma. En este sector se requirió delimitar con pita cuatro trincheras y registrar el procedimiento en los diarios de campo digitales. Las cuatro trincheras fueron ubicadas mediante dibujo en planta, y orientadas de acuerdo a la posición de la estructura y su desviación de 10° del norte magnético. El total de la excavación comprende 19.10 m de ancho máximo este-oeste, y 19.20 m de largo máximo norte-sur. El material arqueológico

recuperado se clasifica en relación a la trinchera en que se encuentra, por estratos y por la naturaleza arqueológica del material: obsidiana, lítica, cerámica, misceláneos y basura moderna.

Los primeros centímetros excavados demostraron la existencia de abundante material arqueológico revuelto, entre los que se tienen fragmentos cerámicos de diversas épocas prehispánicas, incluyendo plomizos del tipo Tohil, restos de vasijas del tipo Púas, fragmentos con engobe rojo y una interesante cuenta de barro, así como restos de piso fuera de contexto. Se tienen también obsidianas y puntas de flechas, y abundante basura moderna como canicas, plásticos, vainas de tiro, monedas de diferentes años y países, corcholatas, vidrios y otros materiales dejados por turistas u otros visitantes a lo largo del siglo XX. El turista solía subir a la estructura, ver las montañas desde los alto y descansar en el césped, el cual le cubrió durante los últimos cincuenta años. Todo este material es parte del primer estrato de humus revuelto con otras tierras provenientes de antiguas intervenciones.

A lo largo y ancho de la parte superior de la estructura, una vez limpio, pueden observarse algunas antiguas intervenciones las cuales parecen haber sido ocasionadas por saqueadores y por las excavaciones

arqueológicas de los años de 1950. Estas intervenciones dañaron parcialmente los rasgos arquitectónicos de naturaleza prehispánica aquí contenidos. Cabe señalar que los restauradores de los años de 1950, en ocasiones colocaron un recubrimiento de mezcla a base de lodo sobre el sistema constructivo original, lo cual permite identificar o rastrear aquellas antiguas intervenciones. Asimismo, creemos que algo de la basura moderna localizada en las antiguas trincheras fue colocada adrede para indicar las intervenciones de la época. Así se reconocen también falsos arquitectónicos a los costados del escombros de la estructura prehispánica.

La mayoría de basura moderna encontrada en el humus corresponde a restos de empaques de golosinas, prendas, juguetes, monedas y otros materiales dejados por los visitantes durante la historia del parque. Como nota aparte, en una ocasión durante estas intervenciones se encontró un muñeco de plástico de los clásicos indios norteamericanos, el cual cualquier niño salvadoreño de hace treinta años —como el autor— logró conocer en la infancia, y cuya industria parece ahora haber desaparecido. Por tratarse de un indio encontrado en el estrato de humus de esta estructura prehispánica, el hallazgo fue motivo de bromas.

Volviendo a la historia reciente de este edificio, según la tradición oral, en los años de 1980, durante el conflicto armado, en Tazumal fue instalada una estación militar, por lo que podemos suponer el motivo por el cual yacen restos de vainas de balas e incluso un fragmento de antena de radio y baterías.

En el sector norte, aproximadamente a los 1.80 m de profundidad y bajo los muros edificados en virtud a las restauraciones de la década de 1950, se encontró un curioso fragmento de lápiz en pésimo estado de conservación, el cual aún conservaba el grafito y la madera con pintura amarilla, similar a los lápices que actualmente solemos usar. Este lápiz posiblemente fue utilizado para las anotaciones de la época, no se sabe si por algún obrero o por el mismo arqueólogo Stanley H. Boggs; quién sabe. Lo cierto es que estos hallazgos son el remanente que el siglo XX deja en uno de los primeros parques arqueológicos de El Salvador.

8. Algunas apreciaciones finales y otros casos

En cuanto a los materiales de épocas de la República

El derrumbe de antiguas residencias e inmuebles con valor histórico, luego de los terremotos del año 2001 y la restauración de los inmuebles históricos realizada a raíz de los referidos siniestros, lograron evidenciar un alto potencial arqueológico contenido en su subsuelo. El grueso de este potencial lo constituye abundante material fragmentado del siglo XIX y principios del siglo XX. Entre artefactos se tienen cerámicas, porcelanas, metales, vidrios, botellas, y hasta restos de una cajetilla de cigarrillos curiosamente conservada, encontrada bajo el suelo de relleno en el Palacio Nacional, en el centro de San Salvador; entre otros hallazgos presenciados por este investigador.

El material proveniente del subsuelo de residencias e inmuebles históricos de nuestras ciudades, con el análisis hacia el artefacto mismo y su contexto, son una ventana que nos llevará a conocer rubros arqueológicos aún vírgenes de estudio dentro del campo de la economía, industria.

En otras partes del mundo, los arqueólogos irrumpen con

sus investigaciones en lugares no usuales a su profesión, como antiguos rellenos de basura o depósitos de maquinaria vieja desechada. En el caso de los rellenos, sería labor del arqueólogo aplicar su procedimiento, por lo general mediante una excavación, para luego ordenar el material recuperado, clasificándolo y registrándolo. El caso común es encontrar lo más antiguo en lo más profundo de la excavación, de tal modo que cada nivel de profundidad indicará una época, con modas y tipos diferentes. A medida que se clasifica el material contenido y una vez ubicado en determinada época, estos arrojan importante información en el campo del comercio y la industria. Por ejemplo, se pueden encontrar botellines de perfumes, estos pueden clasificarse e inducir cuál fue el más aceptado por los consumidores en la década de 1920, y por qué fue así. Lo mismo con determinadas marcas de otros artefactos como licores, frascos de medicinas o tónicos, o hasta electrodomésticos y otros enseres. Luego se toman algunos de estos artefactos y pasan a estudiarse en los laboratorios, tratando de responder otras interrogantes. Es común el hallazgo de fragmentos de vidrio que formaron parte de vajillas o botellas, estas últimas también las hay de cerámica las cuales hacen posible que otros in-

vestigadores realicen taxonomías de materiales utilizados en la industria del siglo XVIII y XIX.

Es curioso también darnos cuenta de las posibilidades de conservación de determinados utensilios, una vez que estos se encuentran aislados de la superficie, enterrados bajo los cimientos de una casa, por ejemplo, fungiendo como basureros. Así se han dado casos en los que se encuentran plásticos, canicas, papel aluminio, restos de llantas, restos de juguetes, propagandas publicitarias, sistemas de cañerías o cables y alambres antiguos, tapones, metales entre otros, como parte del ripio localizado bajo suelos de relleno de urbanizaciones construidas hace más de cincuenta años. En nuestro país es curioso encontrar en edificaciones de finales del siglo XIX (donde al mismo suelo de relleno se le mezclaban ripios que incluían fragmentos de botellas, porcelanas y hasta huesos de animales comestibles) todo ello posiblemente para solidificar la mezcla. Estos fragmentos no solo nos proporciona un vistazo de lo que fue la vida doméstica de la época, también nos permite conocer el comercio tenido con otros países en cuanto a la importación de productos. Por ejemplo, se tienen botellas de cerveza provenientes de Europa y elaboradas en cerámica, se incluyen algunos fragmen-

tos de vajillas con el sello de la casa que las elabora, muchas de estas provenientes de casas inglesas. Algunas imágenes en porcelana reflejan escenas domésticas del siglo XVIII y otras variadas decoraciones de un gusto exquisito. Se cita también el caso de una botella de salsa Inglesa encontrada bajo el suelo en el templo Santiago Apóstol, Chalchuapa, la cual, por el contexto en el que se encuentra y por la forma de la botella, suponemos que viajó hasta aquí por todo el Atlántico a fines del siglo XIX. Posiblemente sea la botella de salsa inglesa más antigua en nuestro país, dándonos un parámetro de la introducción de este producto a nuestras tierras.

En nuestro país se tienen curiosos casos, como el particular hallazgo de antiguas monedas de plata del siglo XIX, que aconteció nuevamente en Santiago Apóstol en el año 1998. A estas clasificaciones pueden agregarse la gran cantidad de fragmentos metálicos encontrados: clavos, hierros no identificables, restos de candelabros o antiguas latas de alimento en pésimo estado de conservación, entre otros.

El análisis de la industria de aquellos años a través de los restos materiales, puede ofrecer a las actuales empresas un panorama histórico de determinados productos y su aceptación en el tiempo,

y así disponer de estos datos a su provecho. De igual modo, estos datos permiten conocer un modelo de vida cotidiana en una sociedad de consumo poco antecesora a nuestra época.

En cuanto a la arqueología en las iglesias

Durante la década de 2000, en El Salvador se realizaron numerosas intervenciones arqueológicas en el interior de iglesias, edificadas estas en diferentes épocas, compilando valiosa información, útil a su vez para compararlas con algunas fuentes históricas documentales. Esta información se acompaña de un rico muestrario de artefactos recuperados y utilizados por la antigua sociedad, que pasan a exhibición en museos estatales para el goce de todos o se mantienen resguardados en los depósitos de la Secretaría de Cultura para futuras exposiciones.

En cuanto a los hallazgos en iglesias, por lo general, el patrón funerario ha sido el de mayor presencia. Se tienen casos que permiten señalar un número estimado de entierros, hasta el grado de sobrepasar los 200 individuos en un área reducida o definida por los límites estructurales del inmueble. Tal es el caso del templo Nuestra Señora de la Asunción en Ahuachapán, donde

los entierros se extienden por debajo de la casa parroquial adyacente a este inmueble. Lo anterior indica que el templo y su atrio, como área de entierros, fue más amplia en otras épocas. El espacio hoy es ocupado por la referida parroquia.

Se sabe que las áreas ocupadas por los templos coloniales o republicanos fungieron como cementerios. Es de gran valor conocer la tradición mortuoria de esta antañona sociedad y su transformación en el tiempo: modos de enterramiento, ofrendas y costumbres, anatomías, patologías y acontecimientos en la zona, entre otros.

La actividad arqueológica en El Salvador ha proporcionado muestras interesantes de patrones de enterramientos y artefactos extraídos de templos, véase el caso de Santiago Apóstol en Chalchuapa, Nuestra Señora de la Asunción en Ahuachapán, las iglesias coloniales de Virgen de la Asunción en Izalco, San Juan Bautista de Nahuizalco, San Pedro y San Pablo Apóstol de Caluco, San Pedro Apóstol en Metapán, San Miguel Arcángel de Ilobasco, El Pilar en San Vicente, entre otras.

En otros casos se han encontrado restos de antiguos empedrados sugiriendo anteriores atrios. Así también se han encontrado componentes estructurales que aportan información en cuanto

a sistemas constructivos. Los datos relacionados a sistemas constructivos ofrecen una alternativa de aplicación en tiempos modernos, puesto que mucha de esta información no fue documentada por sus constructores, dejando que el tiempo, y con este las nuevas modalidades constructivas, contribuyesen a que este conocimiento se olvidara.

Entre las curiosidades encontradas se tuvo en una ocasión, en el templo a Nuestra Señora de la Asunción en Ahuachapán, el hallazgo de una botella contiguo a un entierro colectivo compuesto de tres cuerpos: dos adultos y un infante, en cuyo interior se encontró un mensaje con el nombre de los individuos y el motivo de su muerte, fechado hacia el siglo XIX. Cabe señalar aquí también, el ocasional hallazgo de piedras de moler incrustadas en las paredes de la estructura, cuya última construcción sobrepasa los cien años. Estas piedras de moler fueron utilizadas como parte del material constructivo.

Otro caso interesante es el hallazgo de catacumbas clausuradas en la Basílica de El Pilar en San Vicente, en el año 2003, cuyas paredes nos muestran grafitos y leyendas mortuorias que datan desde principios del siglo XIX hasta principios del siglo XX. Esto último es una muestra clara de una idiosin-

crasia popular de la época. Desde su clausura, pocos sabían, a manera de mito, que en cada misa al recorrer el pasillo central hacia el Altar Mayor del templo tenían bajo sus pies estas catacumbas, cuyo diseño arquitectónico y sistema constructivo hace verso con la totalidad de la estructura del siglo XVIII, algo muy singular de la época.

Incluso el subsuelo de nuestra Catedral Metropolitana nos enseñó en una ocasión el curioso hallazgo de un entierro colonial, siendo muy probable que este se refiera a un eclesiástico del antiguo Monasterio de Santo Domingo. Este rasgo se acompañaba de ofrendas compuestas de vasijas, cuya decoración y forma presentan motivos nativos, sugiriendo con ello una costumbre indígena en rituales cristianos hacia un personaje anónimo de la época.

En otras oportunidades y en otras Iglesias, se han encontrado suelos culturales que sugieren actividades realizadas en periodos prehispánicos en el mismo lugar del actual templo.

Poco a poco estos hallazgos dan las pruebas con las cuales tanto arqueólogos como historiadores, antropólogos u otros especialistas perfilan un nuevo rostro a sus inquietudes, demostrando del mismo modo un panorama más amplio del accionar de estas disciplinas y pro-

piciendo paulatinamente el desarrollo de las mismas en El Salvador.

Referencias bibliográficas consultadas

Anónimo

S/a Biografía del Ilmo. Y Rmo. Señor Don Tomás Miguel Pineda y Saldaña, Segundo Obispo de San Salvador. Desde su nacimiento en 1791 hasta su promoción al episcopado de Antígona (in partibus infidelium) en 1848. Capítulo 1. Inédito.

Bolaños Aguilar, Roberto

1997 Ilmo. Mons. Dr. Don Jorge de Antígona Ungo Primer Obispo de San Salvador. San Salvador.

Cardenal, Rodolfo

2001 *El poder eclesiástico en El Salvador*. Biblioteca de Historia Salvadoreña. CONCULTURA. San Salvador, El Salvador.

Chang, K. C.

1990 *Nuevas perspectivas en arqueología*. Alianza editorial. España.

Fomento Cultural Banco Agrícola

2000 *El Salvador, La República*. Tomo I y II. B.A.C. San Salvador, El Salvador.

Gallardo, Miguel Ángel

1954 *Papeles históricos (a Santa Tecla en su primer centenario)*. Santa Tecla, La libertad.

1977 *Papeles históricos*. Vol. 5. editorial LEA. San Salvador, El Salvador.

Leistenschneir, María y Freddy Leistenschneider

1980 *Gobernantes de El Salvador (Biografías)*. Publicación del Ministerio del Interior. San Salvador.

López Jiménez, Ramón

1996 *Mitras Salvadoreñas*. Ministerio de Cultura Departamento Editorial. BANCASA. San Salvador, El Salvador.

Magaña Menéndez, Enrique

1955 *Gobernantes salvadoreños*. Comentarios, cuartillas y crónicas. Imprenta "Kelly". Ahuachapán. El Salvador.

Salaverría, Joaquín y Miguel Sánchez

1985 (¿?) «Reseña Histórica de Ahuachapán». Elaborado para el Comité Pro Restauración del Templo Nuestra Señora de la Asunción. Inédito. Ahuachapán, El Salvador.

Tórrez A., Joaquín

1997 Hallan Restos del Obispo Valdivieso. *El Nuevo Diario*. Ejemplar de 3 de enero. Managua, Nicaragua.

2005 Una Visión del Pasado desde Nuestra Señora de la Asunción de Ahuachapán. Inédito. Departamento de Arqueología, CONCULTURA. San Salvador, E.S.

Valdivieso, Fabricio

2002 Rescates Arqueológicos y Recopilación de Datos Históricos de la Parroquia Inmaculada Concepción y su Contexto Urbano en Nueva San Salvador. Luego del Terremoto del 13 de Enero del 2001. Informe Técnico. CONCULTURA. San Salvador.

2008 Tazumal y la estructura B1-2, registro de una deconstrucción arqueológica y nuevos aportes para su interpretación. Informe elaborado para CONCULTURA. El Salvador.